

+RADICALMENTE

“El querer conciliar la fe con el espíritu moderno conduce a mucho más allá de lo que se piensa: no sólo al debilitamiento, sino a la pérdida total de la fe”. S.S. San Pío X



Hace falta una cruzada de verticalidades

3 DE JULIO, 2018. III.52

EI INHÆRET

(EL DURO CORAZÓN DEL HOMBRE)

"Todo lo que se hace algo, es verdaderamente aquello que se ha hecho; como lo que se hace hombre es hombre, y lo que se hace blanco es blanco."
Aquino

¿Por qué?!... ¿Por qué -se pregunta el salmista- se amotinan los pueblos...? ¿Por qué el malhadado romper de las coyundas, y sacudir de yugo? ¿Por qué planean un fracaso y se alían los príncipes y reyes de la tierra contra el que con sus manos formó cada montaña, y con un fuerte golpe de su puño hundió la tierra creando los abismos; Aquél que puso en lo alto miríadas de nubes preñándolas de aguas,

para con tajo de cuchillo hacerlas volcarse sobre la tierra hasta repletar las sedientas vasijas de los mares? No se contesta el salmista su inquietud...

Teresa, la sublime francesita de hondo pensares se hará una contraria, aunque semejante interrogación: *¿Cómo es posible que Dios nos ame? ¿Qué razón puede darnos Jesús?* Pero Teresa sí que se contesta, y contesta al salmista: *¡Su razón es que no hay ninguna!*

Amar u odiar, recoger o desparramar, rendirse o rebelarse, alzarse o someterse. *Con determinada determinación*, en libertad, con libertad, esclavizados subyugarse, o libres liberarse.

¿Cómo se puede odiar con tantísimas rabias, hacer del abominar el fin de la existencia, bandera, propósito único del proceder; no actuar sino arrastrado por los más bajos instintos, y corromper el alma hasta el extremo? Vivir, miserablemente, de la miseria. En ambición de fama, de la lujuria del poder, pasar por encima de todo valor, pisar encima de los hombres, de todo bien y de la patria, destrozar, forzar cadáveres, volverse odio.

Ya no se dialoga, ni se plantean ideas, no se argumenta ni se ofrece un proyecto de gobierno. Se odia, y es ése el programa de los que no pueden estar de acuerdo sino con ellos mismos, con sus instintos fieros. Se calumnia, se aborrece itodo y a todos!, de espaldas a la ventura de sus pueblos. ¿Pueblo? ¡yo soy, en mí, el pueblo! Yo soy esa piraña insaciable de carnes; pájaro de plumas negras y de pico inflexible que me alimento de fetideces, que me sacio en los muertos.

¿Qué pasa en el corazón humano? Ha rechazado a un Dios que estorba, que me destroza los colmillos. Rechazo a Dios, y a todo lo que no sea mi egoísmo. ¿Cómo se puede concebir que en una asamblea nacional de un partido se abuchee al Dios vivo? ¡Yo soy mi dios! Y me vuelvo blasfemia. Odio, y me convierto en odio.

Se identifica el hombre con el fin. Dotado de razón, presenta la razón a la voluntad el fin, y ésta consiente libre y activamente. Establece Tomás una unión entre el consentimiento de la voluntad y el acto, y el *bien* que la *virtud apetitiva* busca; se une a ella (*ei inhaeret*), y se complace en ella. Dirá que el amor "no es otra cosa que una cierta *transformación del afecto en la cosa amada*. Y como todo lo que se *hace forma de algo, se hace una cosa con ello: a través del amor se hace una sola cosa con el amado*, que se ha hecho forma del amante.

El corolario es obvio, es aplastante: odio, consiento, y ese con-sentir me une *activamente* con el mal, me uno a él, *ei inhaeret*, me regodeo, me hago una misma cosa con la malevolencia; me vuelvo odio, y quedo ya inclinado por el odio a obrar sus exigencias. Mi voluntad se ha hecho él: ocurre, indefectiblemente, una total identificación entre el sujeto que odia, el acto, y la malignidad. Y el *ser es*, entonces, *el odiar*; degenera, se muda, se pervierte, se desnaturaliza, queda atrapado: su odio es, en cierto modo, todas las cosas, las formas de las otras cosas. Soy lo que el odio exige y me requiere.

El fin del entendimiento es la verdad, que está en el intelecto; pero el de la voluntad es el bien, y el bien está en la realidad. Lo que amo es principio de mis actos, se entroniza en mi actividad, en mi realidad, y me gobierna. El amante es lo amado, el que odia es lo odiado. Mi amor se pone al servicio de lo amado; el odio me hace irreal, me esclaviza en lo odiado.

Cree el malvado que puede rechazar a su hacedor sin resonancias, sin consecuencias; vivir ajeno a su principio y a su fin sin que nada suceda. Se imagina que existir sin Él, des-echarlo, echarlo a un lado, resolverá sus cuitas. Sabe mejor que Él donde encontrar su dicha.

Acierta el malvado en un extremo: para odiar no hace falta Dios, el hombre es suficiente. Asesinado Aquél, el ego se prolonga al infinito; todo es concupiscencia, y gloria, hartazgos e indecencias. Sin Dios no hay alma: y muere el hombre mismo. ¿Crees tú, pueblo Mío que puedes desecharme, soltar todo asidero sin que el abismo te atraiga, te asga, te deshaga?

Aplastan sobre el polvo de la tierra la cabeza de los pobres, y estorban el camino de los humildes, y van padre e hijo a la misma prostituta. Sobre ropas tomadas en prenda se echan junto a un altar cualquiera, y beben el vino de los multados en la casa de su dios. Haré cruzir el suelo bajo vuestros pies, como lo hace cruzir el carro sobrecargado de gavillas. El ágil será incapaz de huir, y al fuerte no le servirá de nada su fuerza, y el valiente no escapará con vida; el arquero no resistirá, el de ágiles pies no escapará, el jinete no se salvará; el de más esforzado corazón entre los valientes huirá desnudo.



Se quiebra el huevo para producir el cisne de sublimes plumajes, y no otra ave. Yace en cada creatura un principio determinante que constituye la fuente de su actuar, y que le llamamos su naturaleza. En la cúspide de la creación, en su obra maestra, sacó Dios del no ser al hombre, y le dotó de intelecto, sensibilidad y voluntad; Dios loco, remató su obra y le hizo libre: puede el hombre rebelarse contra su naturaleza y contra el que le regaló tantas bondades. Como a Sí mismo, el Hacedor le destinó a amar; y para que amara, para hacerle capaz, cubrió sus debilidades con su Gracia: un hábito, un poseer, cualidad permanente con que ha sido dotado y fuente de nuestra actividad. Puedo, soy libre, rechazarla. Puedo participar de la herencia que es regalo; puedo, isoy libre!, abrazarla, besarla, hacerla besos de mis besos y verso de mis versos; puedo endiosarme incrustando mi ser en el Dios mismo. Puedo, isoy libre!, envilecerme, rechazarla.

No puedo amar, no puedo el bien, sin ese impulso en el adentro. Es como un injerto que, añadido al alma y a sus facultades, la hace actuar divinamente, ei inhaeret, icómo Dios mismo! Puedo odiar, puedo arrancar el injerto y pisotearlo, ei inhaeret, como el demonio mismo.

El Señor se burla de ellos. Luego les habla con su ira, los espanta con su cólera. Los quebrantará con barra de hierro, los quebrará como jarro de loza.

¿Por qué?!... ¿Por qué -se pregunta el salmista- se amotinan los pueblos...? ¿Por qué el malhadado romper de las coyundas...? ¿Cómo es posible que Dios nos ame? -se pregunta Teresa- ¿Qué razón puede darnos Jesús? Teresa sí que se contesta, y contesta al salmista: ¡Su razón es que no hay ninguna!

Jorge J. Arrastia.

Bibliografía:
Suma Teológica.
José Antonio Sayés, La Gracia de Cristo

**Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo.
Jorge.**